

REBELIÓN

20.06.19

REBELIÓN

20.06.19

Javier Miró

Primera edición, Abril 2014

Edición EPUB

© Javier Miró, 2014

© Triskel Ediciones, 2014

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-941453-9-1



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

Triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Imagen © María Emegé

Diseño portada: José Antonio García Domínguez

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Para Susana

Bendito sea el caos, pues es síntoma de libertad.

Enrique Tierno Galván (alcalde de Madrid 1979-1986)

*

Ángel no termina de verlo claro. Tiene una mala sensación y ninguna explicación. Una persistente corazonada le va y le viene sin orden. Quizás alguna vez había experimentado algo parecido, pero en esta ocasión está especialmente preocupado y no sabe por qué. La inseguridad hace presa de él, le hace dudar.

“No”, se dice a sí mismo. “No ahora.”

Su cabeza se ha amotinado y sólo le envía pensamientos adversos. Recuerda esos sueños en los que huye y huye, pero con cada paso sólo flota, como si estuviera tratando de caminar por el fondo de una piscina. Y no avanza.

–Oye –escucha decir a una vocecilla a ras de suelo –sube más la verja que por ahí no quepo.

Sale inmediatamente de su ensoñación y como un resorte aprieta los brazos y tira hacia arriba. El metal oxidado se clava entre sus dedos un poco más con cada crujido, hasta que al fin el agujero de la verja es tan grande como para que su compañera pueda colocar algo debajo que la deje fija. Una caja de verduras enmohecida, en esta ocasión.

–¡Venga, Sara, termina ya que no puedo más! –exclama impacientemente con la voz tan baja como puede.

–¡Espera un poco! –contesta ella desde abajo.

Ángel mira hacia arriba aguantando el dolor, tratando de hacerlo desaparecer mirando cómo el azul intenso del cielo se filtra por entre las desnudas ramas de los árboles. Hacía días que no se veía; parece que hoy el viento ha querido llevarse a las nubes al mismo lugar que a la capa parduzca y desagradable que se empeña en enturbiar el cielo día sí y día también. El chico toma aire pretendiendo relajarse. No lo consigue, pero al menos atrae pensamientos que acuden a anidar en su cabeza.

“Hace una mañana excelente”, había dicho el Tío cuando aún no había terminado de subir los escalones que llevaban hasta la calle. Ni cuatro horas habían transcurrido desde ese momento.

“Por fin un poco de clima amable para este horrible octubre. Los benignos rayos del Sol bendicen a todo aquello que tiene el privilegio de encontrarse bajo su protección; incluso a nosotros.”

El Tío utilizaba esa singular retórica que sólo la gente mayor parecía capaz de poseer. A veces Ángel y Sara no entendían ni una palabra de lo que decía, por más que lo escuchasen. Y si ya empezaba a hablar con otro anciano, ni siquiera lo intentaban.

“El mercado estará hoy a rebosar tras varios jueves consecutivos de lluvias: es el momento perfecto para actuar, pequeños.”

La palabra "jueves" constituía un verdadero galimatías en las mentes de los chicos. Sus memorias no conseguían atraparla de ninguna forma. A ellos no les importaba el nombre del día; para ellos todos los días eran el mismo, que se iba repitiendo de una u otra forma pero siempre dentro de un bucle sin fin: la misma miseria, el mismo hedor, la misma suciedad, el mismo hambre. Ellos no sabían si era jueves, sábado, agosto, o primavera. Sólo sabían que el día del mercado era el día del mercado. Era el día en que ellos acudían al centro de la ciudad a robar. Robar para comer. Comer para seguir vivos lo suficiente como para llegar al próximo día de mercado. Y poder volver para robar. Robar para comer.

El Tío se sentó en la barandilla de la estación de metro donde vivían. “Legazpi”, se podía leer en un letrero metálico sostenido por el último tornillo.

“Partid pronto”, les dijo. “Y ya sabéis...”

“Esperad a que la gente lo abarrote todo para que no os vea la poli”, repitieron al unísono Ángel y Sara. El Tío amplió su sonrisa al ver que tenían la lección bien aprendida, o tal vez al comprobar que repetía demasiadas veces las mismas cosas. Se estaba haciendo más mayor de lo que le gustaba reconocer.

“Muy bien, niños. Volved pronto. Os estaré esperando.” Y dejando asomar su arrugadísima y venosa mano, les indicó que se fueran.

Ellos obedecieron. Desde hacía tanto que ni recordaban, el Tío se había convertido en la única familia que tenían. Era un hombre mayor y desdentado, que había sobrevivido a la Guerra casi por casualidad y que ahora apenas podía valerse por sí mismo; o al menos eso hacía creer a todo el mundo. Podía parecer que ellos estaban bajo su cargo, pero en realidad era una relación en la que todos daban y recibían algo. Él los protegía, daba cobijo y enseñaba, y ellos conseguían el sustento. Considerando que la otra opción era arrastrarse por las calles, no parecía un mal trato después de todo. Ángel no tenía quejas. En realidad no tenía más quejas que las obvias.

–Ya está –dice Sara mirándole desde el suelo.

Ha colocado una pringosa caja de madera que con maestría deja un hueco abierto; no es la primera vez que lo hace. La niña es como parte de él. Ambos desconocen qué parentesco les une, además del Tío y de una penosa vida en común. Poco más en sus cortos recuerdos de once y nueve años: ni siquiera conocen que tienen esa edad.

Sara mira a su compañero, que continúa mostrándose nervioso. Lleva toda la mañana igual de raro, su cara está más pálida que de costumbre, y ahora suda como bajo el sol de justicia que no hay.

–¿Qué te pasa, Ángel? ¿Estás bien? –se interesa ella preocupada.

Es al menos la décima vez que le pregunta lo mismo.

–Sí. No seas más pesada –responde él molesto.

Uno y otra se miran fijamente por un instante, suficiente para constatar de forma definitiva el mal humor que el chico tiene hoy. Sin palabras, parecen llegar al acuerdo tácito de no volver a hablar del tema. Exactamente igual que hace diez minutos.

De pronto, cuatro chicos tuercen una esquina cercana y entran en escena. Todos se quedan quietos por unos instantes, sorprendidos, examinándose en silencio. Son desconocidos; algo mayores, en esa edad incalificable en la que las personas son mitad niños, mitad adultos y que llaman pubertad. También visten harapos, y portan las miradas duras y desconfiadas de quienes no conocen más que la vida en la calle. Son parias iguales que ellos, hijos de los suburbios, desarrapados, sucios despojados. Son la viva imagen de Ángel y Sara dentro de unos pocos años, ni más ni menos. Tanto unos como otros, por defecto, son sospechosos de estar allí para robar o cometer cualquier otro tipo de delito; son la misma cosa y comparten las mismas intenciones.

La hostilidad es palpable. Ángel da un paso al frente y cubre instintivamente a la pequeña Sara, a sabiendas que si esos chicos se lo propusieran, podrían expulsarlos de allí a puntapiés sin despeinarse más de lo que ya están. Ésa hubiera sido la reacción típica entre chicos como ellos un día cualquiera, pero es día de mercado y eso significa estar haciendo algo ilegal en terreno del enemigo común. Un extraño e inédito sentido de la solidaridad se despierta en ellos. Pasan por su lado sin dirigirles palabra alguna y manteniendo las miradas altivas y desafiantes. No se dicen nada, pero no es necesario en absoluto; en realidad ya se lo han dicho todo. Aquello viene a significar algo así como:

–¿Venís a mangar, no?

–Sí, a ver qué tal se da hoy el día.

–Pues nada, que tengáis suerte.

–Igualmente, tío. Adiós.

Ángel se mantiene firme en su posición mientras ve cómo los cuatro pasan de largo. Sabe que no va a ocurrir nada, y por supuesto que no les teme, pero su instinto de perro sin amo mil veces apaleado le hace estar siempre en guardia; por si acaso. Los chicos van buscando el lugar donde la verja está suelta del suelo: saben por otras ocasiones que está justo ahí. Posiblemente sea obra de ellos, al igual que la raja en la malla verde que recubre todo el perímetro del mercado y que impide ver lo que hay más allá. Uno de ellos levanta aún más la verja, aumentando el hueco que tanto trabajo les había costado conseguir a Sara y a Ángel. Por desgracia es algo momentáneo, pues cuando pasa el último la deja caer sin consideraciones, tirando la caja por tierra y haciendo que vuelva al punto de partida. Se vuelve para mirar la cara de frustración de ambos niños, y les lanza una sonrisa repleta de dientes picados y amarillos.

Por momentos Ángel siente como si algo se retorciera en su interior lamentándose de no ser grande y fuerte para poner a esos niños en el lugar que se merecen. Ahora se conformaría con poder alzar la verja metálica lo suficiente como para pasar. Sara le mira fijamente. Mantiene esa misma expresión preocupada que la acompaña desde que vio el mal despertar de su compañero. Sabe qué se le está pasando por la cabeza con sólo echar un vistazo en sus ojos; esos ojos del color del agua estancada que tanto le han gustado siempre y en los que le encanta sumergirse y bucear. Le hace una suave caricia en la mugrienta mano para tranquilizarle. El chico resopla y resignado vuelve a agacharse una vez más para atraer hacia sí el dúctil metal con todo su esfuerzo. Los crujidos de la verja metálica vienen acompañados de un dolor en la espalda del muchacho. El único aliciente que tiene es que muy pronto habrán traspasado aquel fastidioso escollo y estarán dentro; en el mercado.

Desde que están ahí no han parado de escuchar el crepitante jaleo que proviene del otro lado y que llega a sus oídos en forma de un incesante murmullo; la vida a tan sólo unos pasos de ahí está en plena ebullición, en el punto exacto para que ellos entren en acción.

–¡Vamos! –dice él impaciente.

Ella se agacha, y más aprisa esta vez, coloca la caja en precario equilibrio. Se levanta satisfecha con una amplia sonrisa dibujada en su carita repleta de churretes.

–El camino está libre –expresa risueña.

Ángel sabe que no se puede fiar del todo pese a las buenas intenciones de su compañera: aunque no es más que una nena, no ve demasiado bien de lejos. Ella cree que eso se debe a que

el mundo es realmente así varios metros más allá de sus narices, tal vez porque nunca ha visitado a un oftalmólogo o un oculista, o quizá porque ni siquiera sabe que existen personas con semejante nombre. Se moriría de la risa sólo de pensarlo.

Él pasa primero seguido muy de cerca por Sara. Ante ellos, el bullicio que antes sólo podían intuir, se amplifica hasta cubrirlo todo, creándoles la sensación de haberse colado en una fiesta a la que no habían sido invitados. El mercado les abre sus brazos con todos sus olores, colores y sabores. Es el paraíso, un oasis de multicolor abundancia en medio de kilómetros y kilómetros de gris y marrón páramo. Es el lugar adecuado para dejar atrás la esterilidad, la necesidad, la desidia, la miseria del cinturón de arrabales.

Los chicos, casi por costumbre, quedan aturcidos tras esta primera impresión, cegados por tan maravilloso lugar: irreal, divino. Es una feria, alegre, divertida, rebosante de vida en cada uno de sus rincones. Sienten cómo sus corazones van dando brincos en sus pechos con cada paso que dan, dejados llevar por la emoción.

Hoy, tras varios jueves cerrado, el mercado rezuma por sus poros un ambiente especial, más especial si cabe que los demás días de mercado. Los músicos parecen tocar sus instrumentos con mayor pasión; las estatuas humanas parecen estar más quietas que nunca; las voces de los charlatanes parecen elevarse más al intentar vender sus milagrosos productos; los malabaristas se muestran más simpáticos y entregados, y sus bolas y mazas brillan más al girar en el aire; lo mismo ocurre con los saltos de los acróbatas; incluso las pitonisas parecen poner mayor atención y menor comicidad al entornar sus ojos escudriñando los dibujos de sus desgastadas cartas. Todo ello conforma la banda sonora de la plaza, animando a los esforzados habitantes de la vetusta ciudad, contagiándoles de un poco de esa esperanza que fue lo primero que perdieron.

Han acudido a aquella antigua plaza que un día fuera de Alonso Martínez para comprar, pero caminan cansinamente y por regla general sólo se limitan a mirar con cierta indiferencia. Se agolpan entre sí abarrotando tanto el espacio que apenas hay hueco por donde ver un palmo de las agrietadas losetas del suelo. Si por ellos fuera, desplegarían sus bolsas de tela y las llenarían hasta el punto de no poder cerrarlas. Pero la necesidad y la falta de presupuesto harán que la demanda se contenga una vez más, y de la poca oferta, sobraré.

Los habitantes del centro, como tristes figuras que deambulan sin tener un rumbo marcado, esperan indolentemente su turno para seguir caminando. Ángel y Sara no les comprenden, y puede que nunca lleguen a hacerlo. Piensan que lo tienen todo, o que al menos no tienen que arrastrarse por las calles como ellos. Creen que unas personas que no tienen que

preocuparse de si llegarán vivos al día siguiente deberían ser al menos diez veces más felices que ellos. Les traumatiza comprobar que no es así. El Tío ya les había alertado:

“Las gentes del centro no saben qué son ni qué hacen en el mundo. No saben nada de lo que les rodea, y simplemente se dejan llevar porque alguien les ha dicho que eso es bueno. Nos tratan como a animales, pero ellos han perdido su humanidad. Procurad tenerlos lejos, incluso para robarles.”

Por eso los chicos prefieren centrarse en otros detalles, como los millones de colores que se mezclan entre sí y que les llegan por la vista y luego por el olfato. Sus bocas se hacen agua al instante y una aguda punzada en el estómago les recuerda por qué están ahí. Ángel agarra a Sara por ambos lados de la cara y le da un fuerte beso en su despejada frente. Es el pequeño ritual del día de mercado, y ella sabe que esto significa que la acción está a punto de comenzar. Con una sonrisa aparentemente inocente, ve cómo su compañero se sumerge entre la muchedumbre, perdiéndose al poco. Ella aguarda inmóvil unos segundos, y cuando lo cree justo, le sigue.

Rodeados de tanta gente, dos mocosos como ellos podrían pasar desapercibidos sin el menor problema, salvo por el detalle de que a esas horas deberían estar en el colegio. Ellos ni siquiera saben qué es eso, ni para qué puede servir, pero a este lado de la verja, la secuencia es lógica y sencilla: si son niños y no van al colegio es porque viven en el gueto, y si viven en el gueto, son automáticamente sospechosos; de lo que sea. Además, sus ropas roídas y sucias les delatan. Las del resto de gentes que les rodean, que compran y venden, que van y vienen con sus conciencias tranquilas, no se encuentran en unas condiciones mucho mejores, pero se nota quién duerme sobre una cama y quién sobre cualquier cosa. No hay duda, ellos dos son unos delincuentes en potencia y ya el solo hecho de estar en el centro de la ciudad es considerado suficiente delito como para encerrarlos y no volver a dejarlos salir.

Sus pasos se vuelven cautelosos, como dos sombras que más que andar se deslizan sobre el asfalto; rápidas y desconfiadas. Sus ojos no miran, vigilan; sus oídos no escuchan, detectan; sus piernas no caminan, esperan la orden de echar a correr.

La idea de encontrarse con un policía no para de ir y venir en la cabeza de Ángel. Está alerta, como todos los días que se introducen clandestinamente en el mercado, pero hoy un poco más todavía, condicionado por esa insolente sensación que no le da cuartel ni por un minuto. Se pasa la mano por la rasurada cabeza encontrándose con sus seis brechas, consecuencia de una vida demasiado dura para un niño de once años como él.

Aspira con fuerza para tratar de librarse de la seca mucosidad de su nariz. Lo consigue por unos instantes. Se restriega la mano por la cara, desplazando las legañas de sus ojos, y expandiendo los churretes de sus mejillas. Tiene una apariencia lamentable. Tal vez sea eso lo que hace que los tenderos no lo pierdan de vista cuando aparece entre el gentío. Se alarman cuando lo ven acechando los productos expuestos, al alcance de quien quiera tomarlos, en permanente riesgo de ser sustraídos. No lo pierden de vista ni un segundo, incluso dejan de hacer lo que tengan entre manos para vigilarle, haya negocio de por medio o no. Algunos sólo con verlo le increpan y le gritan que se marche, amenazándole con llamar a sus padres o a la misma policía. Cuando esto ocurre y se arma demasiado revuelo, Ángel da un silbido que Sara sabe reconocer, y ambos desaparecen entre los tenderetes o entre la muchedumbre. Pero es sólo un ardid que dura hasta que las aguas discurren de nuevo mansas por su cauce, momento en el que uno y otra vuelven a la carga. Una coreografía bien ensayada y mejor ejecutada.

Mientras su socio va delante atrayendo miradas hostiles, gestos torcidos y demás maldiciones, la pequeña Sara pasa desapercibida unos pasos por detrás. Tiene cara de niña buena, con una mirada dulce y algo traviesa. Pese a llevar su pelo castaño sucio, y a que su ropa se estropeó mucho antes de que la heredara, es ella la que parece un ángel comparada con el chico. Ella se guía por los silbidos que de cuando en cuando él le va enviando; los necesita para conocer el momento de evitar un peligro como la siempre presente policía. Así también sabe qué puesto es seguro atacar, y cuál debe esquivar. En este momento tiene la mente en blanco con todos sus sentidos puestos en el objetivo, y sabe que sólo si actúa con normalidad puede deslizar sus alargados deditos entre la fruta, el pescado, la carne, y cualquier otra cosa sin ser vista.

La cantidad de policías presentes el día de mercado a veces puede parecer excesiva. Hay cuatro por cada una de las tres puertas que dan acceso al recinto, y son innumerables los que no cesan de hacer rondas entre los tenderetes y en las calles aledañas. En principio, su función es velar por la seguridad de los mercaderes y del resto de gentes de bien, pues como todo el mundo sabe, son incontables los ladrones y carteristas que puede haber pululando por el recinto. Al parecer, en un mundo donde es tan pertinaz la escasez de alimento, hay superávit de gente dispuesta a saltarse las normas.

“No olvidéis que estáis haciendo algo por pura necesidad”, les había comentado el Tío para tranquilizarlos la noche anterior a su primer día de mercado. “Algo que es necesario jamás puede ser malo.”

Sara no para de meterse cosas en el gran bolsillo que lleva cosido debajo de la parte delantera de la blusa. Manzanas, fresas, queso, latas de conserva... La chica demuestra una soltura endiablada, entrenada a fuerza de practicar y practicar. Cuando ya lleva tantas cosas que no puede moverse con la agilidad suficiente, se retira y da el único silbido que sabe. Entonces ambos se reúnen cerca de la puerta clandestina por la que han entrado. Allí esconden la mercancía bajo alguna caja de madera o cartón como buenamente pueden; y vuelta a empezar. Así hasta que se den por satisfechos.

No obstante, esta vez no se han percatado de que están siendo observados por alguien que no viste de uniforme: un policía que lleva siguiéndoles los pasos casi desde que entraron. Les conoce de veces anteriores aunque aún no ha podido echarles el guante. Ha decidido que hoy es el último día de hurtos para ellos dos. Todavía no ha localizado el lugar exacto donde dejan la mercancía, pero les ha estado observando en su ir y venir y sabe dónde buscar. Cuenta además con la colaboración de varios tenderos a los que ha puesto en sobreaviso por la más que probable visita de los pequeños intrusos. Algo en la nuca de Ángel le vuelve a incordiar con insistencia, como si una arañita se afanara en picarle, queriendo avisarle del peligro que está corriendo. Esa sensación le está matando, tanto como la impotencia que le da no saber qué hacer para quitársela de encima. Incluso piensa en dar media vuelta y concluir el trabajo aunque sea tan temprano.

–¿Pero qué dices? –le pregunta Sara extrañada cuando se lo comenta–. Si vamos genial. Tú piensa en toda la ayuda que vamos a prestarle al Tío y al resto del clan.

“Tal vez tenga razón”, se dice Ángel. Y aunque la intuición sigue ahí, decide hacerle caso a su compañera y continuar. Pero muy pronto, tal y como se temía, su presentimiento se materializa. En la siguiente ronda, cuando llevan asaltados dos o tres puestos más, un carnicero, además de mirarlo mal, trata de asir a Ángel por la camiseta. No es lo suficientemente rápido, y lo único que agarra es aire. Con el corazón acelerado como el de un conejo perseguido por una jauría de perros, el niño se da la vuelta y se escabulle silbando a mofletes llenos. Sara lo oye y acude a esconderse también a un hueco entre unos tenderetes, pero se topa con alguien que le cierra el paso: el policía de incógnito. Éste trata de apresarla, pero la niña es más rápida y con una hábil finta escapa por milímetros. Al no encontrar un camino claro por el que huir, pasa junto a la carnicería, donde ella sí tiene la desgracia de ser capturada por el tendero. La agarra fuertemente del pelo. Ella chillaba con toda la fuerza de sus jóvenes pulmones, armando un revuelo considerable en esa callejuela del mercado. El carnicero sale de su puesto sin soltarla y la abofetea varias veces sin inmutarse. Sara rompe a llorar a voz en grito, pero deja de hacerlo

cuando el dorso de la peluda y enorme mano vuelve a golpearla una vez más, y con mayor violencia todavía.

–Así que ésta es la ratita que se comía mis codillos y mis chorizos, ¿eh? –sonríe malévolamente el hombre con la chica colgando de su puño.

El policía de paisano llega al poco.

–¿Has visto al otro? –pregunta.

–Sí, pero salió huyendo el muy rufián.

–Ése no vuelve. Voy a donde guardaban lo robado para que al menos se vaya con las manos vacías. Vigila bien a esta ladronzuela, que luego volveré para darle su merecido.

Y se va en dirección al agujero de la red metálica. Mientras, el carnicero sigue azuzando a Sara, mostrándosela a los transeúntes como un trofeo de caza, tan orgulloso de la captura como de sí mismo.

–¿Ves, niña? ¿Ves lo que le ocurre a quien no se comporta como debe? Ahora vendrá el señor policía y te castigará. Podría empezar por cortarte estas orejas de sucia raposa –dice pegándole un fuerte tirón.

No le importa lo más mínimo el dolor que ella pueda sentir, ni que chillen o lloren. La gente que por allí pasa guarda un poco las distancias, como para poder ver en la picota a la joven delincuente. La mayoría está escandalizada, pidiendo que la niña sea castigada de forma ejemplar. Muchos se limitan a mirar con desprecio, dando gracias de no ser así. Y sólo algunos piensan para sus adentros que aquello es desproporcionado. Unos y otros terminan chasqueando la lengua desilusionados y pasan de largo perdiéndose en los problemas propios, que nunca son pocos. Sara solloza con los ojos anegados por las lágrimas, mirando a la gente, preguntándose por qué la mala suerte se ceba así con ella. Se muere de vergüenza por ser exhibida de ese modo, ante todos esos hostiles transeúntes. Si no hunde la mirada en el suelo es únicamente con la esperanza de ver llegar a Ángel.

“Siempre estaré ahí para protegerte”, le había dicho tiempo atrás. “Aunque seas una niña muy fuerte que puede valerse por sí misma, nunca te dejaré sola.”

Pero ahora aquel hombre dice que no volverá. No se lo puede creer; simplemente no puede ser así. Vuelve a llorar sin encontrar consuelo.

Ya no te ríes tanto, ¿verdad? –le sigue diciendo el carnicero, que no parece conformarse con el mal rato que le está haciendo pasar.

Le vuelve a pegar un tirón del pelo al ver que ella no hace el menor caso de sus palabras, pero ya está insensibilizada. De repente, entre la nubosidad que su miopía y las lágrimas le dejan ver, Sara intuye algo que pasa veloz. Le ha visto, no hay duda. Ha sido una ráfaga, un movimiento raudo entre el gentío que nadie más percibe. Él está allí para ayudarla. Al instante, algo más grande que ella misma se le infla en el pecho inspirándole ánimos renovados. No todo está perdido. Se vuelve con mucho dolor hacia su opresor y mirándole a la cara le espeta:

–¡Eh, tú! ¡Eres un gordo hijo de puta! ¡Sólo te envalentonas con niñas porque eres un cobarde de mierda!

Él se queda estupefacto, borrándose de golpe esa sonrisa de sucio orgullo que adornaba su rostro hasta hacía un segundo.

–¡Cobarde! ¡Marica! ¡Cobarde!

Sin pestañear, el carnicero descarga sobre ella su golpe más mezquino y feroz. La chica emite un agudo chillido y cae al suelo. No se mueve más que por el llanto que la agita de arriba abajo. La anterior expresión bovina de vacía satisfacción vuelve a la cara del tendero. Sonríe con los ojos inyectados en sangre.

–¡No le pegues más, por Dios! –se alza la voz de una mujer entre el gentío.

–Esta niñata se lo merece, señora –responde él alzando aún más su voz–. ¿Acaso no ha escuchado lo que me ha dicho? Además, métase usted en sus asuntos y cuide de su familia, no le vayan a salir los hijos como ésta de aquí, que luego...

Hubiera continuado su discurso, que parecía encaminado a remarcar que sólo actuando como él se puede acertar en la vida, pero es interrumpido porque algo del tamaño de una nuez le impacta justo entre los ojos. El hombre se lleva torpe la mano que le queda libre a la cara. Tiene los ojos empapados por una especie de líquido que, lejos de irse, se extiende cada vez más. De repente suelta un alarido. Se pone nervioso al verse de golpe cegado y azotado por algo tan, tan molesto. Le pica, le escuece, y no se le pasa por más que se frota. Pisa sin verlo el objeto que le han lanzado: un limón hecho trizas aposta. Al parecer alguien se ha asegurado de que sea especialmente irritante embadurnándolo en pimienta. La niña comprende que la buena puntería de Ángel está detrás de todo esto.

–¡Sara! ¡Corre! –se escucha una voz salir de entre la muchedumbre.

Ella no se lo piensa dos veces y con un salto felino se pone en pie. Antes de que la muchedumbre sepa cómo reaccionar, ella echa a correr por el primer hueco que encuentra libre. No conoce el camino, pero corre tanto como sus delgadas piernecitas se lo permiten, que no es

poco. Al cabo de unos segundos, es alcanzada por Ángel, que le silba en intervalos cortos y rápidos para que sepa que la sigue. Le toca en el hombro y ambos tuercen a la derecha, donde atraviesan un estrecho pasillo entre dos puestos que dan a la valla. La saltan en un periquete ayudados por varias cajas vacías y mal amontonadas. La una y después el otro: ya están fuera del mercado los dos. Han salvado el primer obstáculo, pero todavía tienen que abandonar el centro para dejar atrás el peligro; paradójicamente, estos niños se encontrarán más seguros en medio de un gueto lúgubre y desolado.

Ya están en medio de la calle; atestada de gente que viene y va, carros tirados por mulas, alguna moto esporádica, y muchas, muchísimas bicicletas. También hay policías de mirada atenta en continua vigilancia, por supuesto. Con el corazón dando brincos en sus pechos, tratan de huir sin correr, aparentando calma, tal y como siempre les ha indicado el Tío que deben hacer. Si corren pueden atraer la atención de los guardias y levantar sospechas, y eso casi siempre se traduce en la perdición. Ángel traga saliva.

–Ten calma, Sarita, saldremos muy pronto de ésta –le pide.

La chica está al borde de la histeria. Tiene las mejillas cubiertas de churretes por la mezcla de bofetadas y lágrimas mal enjugadas, y de su nariz no cesa de brotar sangre. No mejora su crispadísimo ánimo cuando de repente oye una voz que les llama a sus espaldas.

–¡Eh! ¡Vosotros dos! ¡Cogedlos!

No son buenas noticias. Ya no importa el sigilo ni aparentar normalidad, sólo vale correr y no dejar que les pillen. Algunos transeúntes alertados por los gritos y las carreras, se prestan a intentar cerrarles el paso colocándoles la zancadilla, o tratando de agarrarles. Los niños tienen que sortear uno a uno los obstáculos, lo que consiguen a duras penas. Pese a que ya han puesto varias calles de por medio, y a que se han deshecho de la multitud, siguen corriendo como locos, dirigiendo sus precipitados pasos hacia las afueras. Sin embargo, el policía no cesa en su empeño y continúa persiguiéndoles. Lleva una zancada pesada pero constante, lo que le ha valido para acortar gran parte de la ventaja que inicialmente le sacaban. Les está pisando los talones.

Los tres han recorrido un gran trecho. El mercado queda ya tan lejos que ni se recuerda, y por la ciudad cada vez quedan menos gentes de bien paseando: primer síntoma de que la ciudad oficial empieza a disolver su aparente orden, y que a cada paso que dan se acercan un poco más a la ciudad marginal. Es la mejor noticia que los chicos reciben. Sus esperanzas aumentan, pero Ángel teme que esto no sea suficiente. Él está muy cansado y Sara no puede más. El chico mira a su alrededor y comprueba que los edificios que tienen a su alcance

comienzan a ser los primeros abandonados. Comprende que para darle esquinazo a su cazador no les queda más remedio que meterse en uno de los viejos portales. Eso hacen, subiendo de inmediato las escaleras.

Tal y como tenían planeado, Sara se oculta en el primer hueco que encuentra, la puerta entreabierta de lo que un día fue un ascensor. El chico golpea con las manos la madera de la baranda atrayendo la atención del policía. No obstante, éste ha tenido tiempo de ver que la niña se ha quedado en esa planta. Busca entre la penumbra y no tarda en encontrarla. La respiración entrecortada la ha delatado. El policía trata de abrir la puerta, pero ésta ha quedado encajada y no se mueve más que unos pocos centímetros. Él no cabe por una abertura sólo apta para un cuerpecillo demasiado menudo. Mete el brazo hasta el hombro y a ciegas consigue agarrar a la niña por una pierna. Sara chilla aterrada. Hay unos segundos de forcejeo hasta que ella consigue conectar sus recién estrenados dientes en la mano que la atenaza. Aprieta con todas sus fuerzas. El policía grita hasta que termina por soltarla.

–¡Maldita rata! –maldice.

Escaleras arriba, Ángel se ha percatado de las dificultades por las que esta pasando su amiga y baja para tratar de atraer la atención de nuevo hacia él.

–¡Eh, tú! ¡Madero, hijo de puta! –le grita.

El policía mira hacia el hueco de la escalera, viendo la cabeza de Ángel asomarse desde el segundo. Sonríe maliciosamente al comprender lo que el chico pretende.

–A ti te tengo seguro, chaval –exclama hacia las alturas–. Así que voy a quedarme aquí hasta hacer salir a esta sucia perrita callejera.

Y a continuación golpea la puerta metálica con la planta de la mano. El estruendo se propaga por todo el edificio como una campanada imparable. Sara chilla presa del pánico. Ángel traga saliva y empieza a bajar escalones uno a uno, despacio. Se para cada poco para oír el forcejeo por encima de su propia respiración. Vuelve a insultar al policía, pero no surte efecto. Baja lo suficiente como para poder ver qué está ocurriendo. Sólo queda la baranda y unos cuantos metros de distancia entre el policía y él. Vuelve a insultarle pero poco convencido. El policía suelta una carcajada, consciente de que controla la situación.

–Ven aquí y entrégate –dice–, y dejaré a la niña en paz.

“Nunca confíes en uno de ellos, y mucho menos si es un policía”, resonó la voz del Tío en la cabeza de Ángel de inmediato.

Vuelve a insultarle y a gritarle, pero no consigue otra cosa más que las risas del agente mientras sigue aterrorizando a Sara. En estos momentos Ángel siente que es la viva imagen de la frustración. Sabe que no debe entregarse, ni huir dejando sola a su compañera. Sabe que lo único que puede hacer es atraer su atención.

“¿Cómo?”

El policía saca la porra y lentamente empieza a introducirla en el interior del hueco del ascensor. Da un golpe que suena hueco, seguido de un chillido de dolor.

–¡Sal de ahí! –exclama apretando los dientes de ira.

Se prepara para dar un nuevo golpe, cuando siente que un líquido se vierte sobre su espalda. Extrañado, saca el brazo y se incorpora, siguiendo la procedencia del chorro que le está mojando con algo cálido. Comprende qué es unos segundos antes de ver que el niño tiene los pantalones bajados, apuntando en dirección a él. Hacia su misma cara. El agente se cubre asqueado, y tras jurar en arameo sale disparado hacia la base de las escaleras. Fuera de sí.

“Bien”, se dice Ángel sin saber muy bien qué debe hacer ahora. Comienza a ascender los escalones de dos en dos. La situación se va haciendo cada vez más desesperada a medida que va dejando escalones atrás. Sabe que no tiene dónde esconderse, que las plantas se le van agotando, y que su perseguidor cada vez está más cerca. Con las fuerzas justas, se lanza con todo hacia una puerta semiabierta que queda junto a la escalera, pero no consigue abrirla lo suficiente como para pasar: está atascada contra el suelo. La vuelve a empujar exasperado hasta que finalmente consigue abrirla. Va a introducirse en la vivienda, pero es entonces cuando siente una mano aferrarse a su camiseta: ha sido interceptado. Se retuerce frenético intentando soltarse, pero de un golpe en la cara es tirado al polvoriento suelo del recibidor. El hombre saca la pistola y le apunta no sin dificultad, todavía renqueante por la carrera. Ángel desde las losetas lo mira aterrado, también exhausto. Ha perdido el control de su respiración y un ojo se le está inflamando a un ritmo preocupante. Nota cómo el dolor se va incrementando con cada pulsación.

–Maldito cabroncete –dice el policía jadeando–. Ahora mismo debería acabar contigo de una vez. Si no fuera porque los oficiales están muy interesados en capturar alimañas como tú, ya tendrías un balazo en esa cabeza tan fea y abollada. Pero eso no me impide tratarte como te mereces. ¡Ven aquí!

Ángel retrocede todavía tirado sin poder quitarse al agente de encima. Forcejean durante unos segundos. El niño se defiende como gato panza arriba, pero no puede contener los golpes

de su rival y finalmente cede ante su empuje. Éste lo alza de un tirón por la camiseta. Él se resiste sin mucho éxito, y sólo consigue llevarse un par de golpes más antes de volver a besar el suelo. El policía le golpea de nuevo, una, dos, tres veces, sin importarle en absoluto que el niño esté en pie o tumbado. Se entretiene en sus golpes, ensañándose sin piedad. Cuando parece sentirse satisfecho, lo agarra por un brazo y lo saca del piso, lanzándolo por los aires con crueldad. El chico trastabilla y, por enésima ocasión, cae.

–No voy a perder más tiempo contigo, niño. ¡Vamos, en pie!

–¡Cabrón de mierda! –brama Ángel llorando fuera de sí.

El policía se ríe con ganas sabiéndose vencedor, pero pronto una expresión de rabia se le pintarraja de nuevo en la cara. Vuelve a agarrarlo por la camiseta y sin piedad lo lanza escaleras abajo. Ángel baja rodando sin control y se queda tirado entre plantas como una colilla, detenido contra la pared. Se queja amargamente, aunque ya no le quedan fuerzas casi ni para hacerse oír. Varias brechas abiertas por toda su cara escupen sangre, pero todavía puede realizar movimientos con cierta dificultad.

–¡No te muevas, asqueroso! ¿Acaso quieres más? –dice el policía apuntando al niño con la pistola.

Ángel no le hace ningún caso y prácticamente gateando comienza a bajar. El policía pretende marchar hacia él para detenerlo, pero cuando va a poner el pie en el primer escalón, un tablón de madera sujeto entre Sara –oculta tras la barandilla– y la pared, se cruza en su camino. Aterrada, la niña había ascendido a hurtadillas mientras el policía se ensañaba con su amigo. Desde su escondite lo había presenciado y oído todo. El hombre tropieza y cae él también rodando escaleras abajo, pero de forma todavía más aparatosa. Se detiene casi en el mismo sitio en el que yacía Ángel hasta hacía unos segundos, pero se queja mucho más. Se lleva la mano izquierda al desencajado hombro derecho, y su pie izquierdo está torcido en un ángulo imposible.

–¡Ayúdame! –exclama el policía desde el suelo cuando ve que Sara baja en su dirección.

Ella no pronuncia palabra alguna. Sólo se limita a mirarle. Aprieta los puños, y al poco comienza a bajar escalones. Tiene la mirada fija en un solo punto que el policía no llega a ver bien. Él se incorpora un poco y con gran dolor, para comprobar que la niña va directa justo adonde ha ido a caer la pistola. Trata de adelantarse, pero no puede hacer más que retorcerse sobre sí mismo. La niña se queda quieta a tan sólo cuatro pasos del policía. Allí recoge el arma con ambas manos, lo que aumenta la desesperación del hombre, que la observa con la cara

descompuesta. Tras unos instantes confusos en los que la niña mira la pistola sin que parezca saber para qué diantres puede servir, un fogonazo aparece en sus ojos y de súbito la empuña contra él.

–¡Eh! ¿Qué haces? –grita–. Con eso no se juega, niña. Dámela inmediatamente.

No hay expresión alguna en su cara de nueve años, y eso no sabe cómo interpretarlo el policía. Ella entrecierra los ojos, pero ni entre sus pestañas consigue verlo demasiado bien; está aún un poco lejos y la iluminación dentro del edificio abandonado no es la mejor. Baja un peldaño más y apunta a lo que ya distingue como su cabeza. Saca la puntita de la lengua por la apretada comisura en una imagen que podría ser cándida y graciosa, pero que en este momento es una estampa de puro terror. Así lo siente el agente, que alza como puede sus castigados brazos para intentar parar a la niña, en un gesto patético.

–¡¿Qué vas a hacer?! ¡Apuntar con un arma a un representante de la ley es delito! ¡No sabes lo que te puede pasar por hacer eso! ¡No...!

¡PAM!

Un único disparo se propaga por todo el abandonado edificio como un trueno entre montañas, resonando entre unas paredes acostumbradas a no albergar más que vacío. El eco va apagándose hasta dejar que el silencio caiga sobre ellos de nuevo. Un olor a humo de pólvora tapa momentáneamente el desagradable hedor a sangre y seso calcinado que termina por imponerse en cada sorbo de aire.

La chica continúa con el arma levantada hacia él, como dispuesta a volver a disparar. Pero ya no apunta pese a tener los ojos muy abiertos, muy fijos en su objetivo; aunque en realidad no miren a ninguna parte más que a la nada que se expande infinita y tétrica frente a ella. Una expresión de odio ha ido apoderándose de ellos: sus enormes y preciosos ojos que ya no volverán a mirar del mismo modo. Una pareja de lágrimas brota espontáneamente y surca su cara.

Ángel está ahora en pie, acercándose a la chica con gran esfuerzo. Tiene la cara hinchada y ensangrentada. El dolor es generalizado por todo su ser, y prácticamente insoportable en las rodillas, una muñeca y ambos costados. Pasa por encima del cadáver del policía, que aún produce algunos espasmos por la bala que acaba de poner fin a su sistema nervioso. El chico lleva con cuidado la mano a la pistola y con un “clic” acciona el seguro. La toma, pero Sara sigue apretándola entre sus dedos. Está ida. Ángel jamás la ha visto así y se asusta. Busca las palabras adecuadas pero no las encuentra.

-Era un hijo de puta -dice ella al fin.

-Sí -responde él.

-Merecía esto, ¿verdad?

Ángel no duda la respuesta, pero teme perjudicar la sensibilidad de su pequeña compañera. Responde muy despacio, moderando el tono como jamás pensó que haría.

-Claro. Recuerda lo que no para de repetirnos el Tío: "la vida es una lucha constante, y si no matas, te matan". Este mundo es una basura, mi niña. Me has salvado la vida y eso es lo que importa. Has hecho lo que tenías que hacer. Estoy muy orgulloso de ti.

Y de seguido la besa hondamente en la frente. Ella no abandona la expresión de odio seco y opaco, pero baja las manos y deja que él tome por fin el arma. El chico se la guarda en el bolsillo; con lo que puede sacar por ella en el barrio, no necesitarán ir al mercado en un mes por lo menos.

-Y ahora vámonos antes de que esto se llene de más pasma. No quiero arriesgarme a comprobar si éste es o no nuestro día de suerte.

No le suelta la mano mientras la guía escaleras abajo, dejando atrás aquel demencial escenario. Desaparecen como si nunca hubieran pasado por allí. Aquel portal, aquel cuerpo abandonado hasta que alguien lo encuentre, aquel descansillo de un edificio cualquiera, entre las planta séptima y octava, que ha quedado teñido de rojo y rociado de trocitos de cráneo y sesos.

El edificio vuelve a reposar en paz del mismo modo en que lo hacía sólo unos minutos antes de la llegada de estas tres almas en pena. La sangre, que ha esparcido sus gotas por la ropa de la niña, el suelo, la barandilla, el techo y la pared donde el cadáver se recuesta inerte, se va secando poco a poco antes de que la fuerza de la gravedad la lleve hacia abajo. Y justo sobre lo que queda de la cabeza del policía, garabateada en la pared y salpicada por enormes e irregulares lunares bermellones, una pintada que alguien dejó allí clandestina y que nadie se encargará de borrar en mucho tiempo.

Que dice:

REBELIÓN

20.06.19

El silencio es sólo silencio; nada más. Está cuando nadie puede sentirlo, y si es visto es debido a una equivocación. Sólo eso. No tiene forma ni color, no lo puedes agarrar ni oír, pero se hace sentir; y es entonces quizá cuando ya no queda nada más alrededor. Se mimetiza con el tiempo, se transparenta en el ambiente, fluye inmóvil y permanece cambiante. Lo envuelve todo, aplastante; lo llena y lo vacía sin encontrar oposición aquí y allá, arriba y abajo, dentro y fuera; tanto en el hueco de un ascensor, como en las catacumbas bajo una basílica. Como aquí mismo, ahora, en el interior de la celda más oscura de toda la cárcel. Silencio. Y tanto es así que el “plic” producido por una gota al caer al suelo, tan débil que podría haber pasado perfectamente desapercibido en cualquier otro lugar y momento, se hace ahora claro y presente; ineludible, enorme. Nadie sabría decir a ciencia cierta dónde y cómo cayó la gota ni aunque hubiera ocurrido a un palmo de distancia. No, pues en este momento, el silencio ha venido acompañado por su mejor aliada: la oscuridad. Del exterior no procede más que una brisa cortante que se cuele silbando por entre los barrotes del desnudo ventanuco, y que de mucho en mucho trae algún sonido inconexo y lejano: los ladridos de un perro, una sirena, un disparo. Eso ahuyenta al silencio, pero su huida es momentánea, pues es ésta una noche tranquila y atípica, sin gritos ni explosiones, sin “¡alto ahí!”, ni prolongadas ráfagas de disparos, sin el llanto de los desgraciados, ni el jaleo de precipitados pasos en plena persecución. Totalmente contra natura en estos tiempos que corren; o que reptan. La calle, ese espacio indefinible que se extiende varios metros por debajo de la ventana, ya ha tenido suficiente alboroto a primera hora de esta inusual y fría noche de mayo. Una conjunción astral de malos presagios se está arremolinando sobre la cabeza de Álex el Mono, que sin saber nada permanece ahí sentado y en silencio. En silencio.

1. EL SILENCIO ES IMPOSIBLE

Él está a solas con sus pensamientos, con la testa agachada, metida entre los hombros, salvo cuando la levanta para mirar al techo o a las rejas. Sin ver nada, pues es nada lo que hay a la vista. No hay luna que arroje ni un puñado de luz allí dentro. Las fogatas que de seguro rodean el cuartel para dar calor a aquéllos que no tienen más que frío, tampoco llegan. Las farolas de la calle hace años que no atraen a los mosquitos, ni siquiera las pocas que por casualidad aún conservan sus bombillas intactas. Silencio y oscuridad. Álex no sabe si está dormido o despierto, pero bien es verdad que en su mente no se crean más que sueños; es la única posibilidad de entretenimiento en un cubículo donde además de él no hay más que pared y suelo descarnados. Porque los orines, que apostá no son limpiados de los rincones durante meses, no hacen bulto. Sólo hieden.

Esto último le da ciertamente igual, ya que no es el peor sitio donde ha tenido que pasar la noche. Busca la posición menos incómoda para permanecer sentado, lo que resulta misión imposible sobre tanta loseta suelta y partida cuyos bordes a veces se clavan como cuchillas. Decide guardarse un pedacito no más grande que la púa de una guitarra en el bolsillo.

“Por si acaso.”

Vuelve a la posición original, en la que lleva no sabe si dos o tres horas. Tiene los dedos de las manos entrelazados entre sí, con los brazos apoyados en las rodillas. No realiza movimiento alguno, ni lo pretende, pues sabe que atraería irremisiblemente al frío, y además recordaría lo mucho que le duele todo el cuerpo de estar ahí sentado. Tal vez la paliza que recibió por parte de la policía al ser reducido y conducido a prisión influya en su dolor. Una posibilidad muy cercana.

Su delgado torso está únicamente cubierto por una roída camiseta sin mangas de la que no se despega ni para dormir. Le resulta muy cómoda a la hora de entrar en acción, pero a duras penas conserva algo del calor que irradia su piel. Sobre su pecho, escrito sobre ella por él mismo hay una inscripción que reza: “Siempre Cruz del Rayo”. Y en la espalda, aunque ahora no se pueda ver, otra donde se puede leer: “¡Arriba la Rebelión!”. En el interior del brazo derecho, justo sobre el bíceps, lleva tatuado el nombre de lo único que está al cien por cien seguro de que jamás le va a traicionar. Y éste no es el de una persona, no: no existe nadie en quien confiar allí fuera. Es el nombre de una cosa lo que lleva tatuado, y ésta no es otra que su fusil de asalto.

En el resto de sus brazos, junto a las cicatrices, hay atados todo tipo de trapos, trozos de piel y de plástico a modo de pulsera, e incluso un reloj que ni recuerda si alguna vez llegó a funcionar. Son sus amuletos, y cada uno está cargado de una historia propia. Pero ninguno de ellos evita que de vez en cuando un escalofrío le erice el vello de los brazos. Se le pone la piel de gallina, que es como en la calle se llama a los cobardes —eso o *rajados*, o simplemente *maricones*—. No sabe qué significa; ni siquiera ha visto a una gallina en su vida. En cualquier caso no quiere ver relacionada su piel con una de ellas.

Las piernas visten unos vaqueros sucios a fuerza de arrastrarlos sin miramientos por los peores antros de la ciudad. Pese a que están rajados, conservan todos los botones y las costuras resisten en su sitio. Y si parecen desgastados es debido a que su auténtico dueño los debió de comprar así. Porque esos pantalones, como casi todo lo que Álex posee, son robados de algún lugar. Precisamente éstos los consiguió tan sólo unos meses atrás de casualidad. Una sonrisa algo malévola aparece furtiva en su rostro al recordar.

Fue un golpe de suerte. Recuerda que los rescató de entre una bandada de *chapas* que pugnaban por robárselos a unos pobres chicos del centro: la ciudad oficial.

Para Álex, los *chapas* son las más despreciables de todas las criaturas que habitan los restos de Madrid. Son más animales que personas, criaturas asediadas por las adicciones u otros males —el SIDA, la hepatitis, la tuberculosis—, que brotan en ellos y los corrompen hasta destruirlos. Seres sin nada que perder que rapiñan lo que pueden para alargar unos días más sus miserables vidas. *Zombis*, los llaman los habitantes del centro. Él los ve como una plaga, una marea negra que lo anega todo con su inmundicia, y ante la cual es imposible permanecer indiferente.

Para aquellos chicos no era una excepción.

“Niños de papá que griparon su coche en medio de la avenida en pleno barrio de Usera”, piensa.

Él no solía frecuentar esos barrios del sur, de hecho no había pasado por allí desde los días de la Guerra. Tampoco recuerda a la perfección el motivo de su visita a Usera. Levanta la cabeza y ésta le da un vuelco, producto de la peligrosa mezcla entre el golpe que tiene en la sien y la resaca que empieza a pasarle factura. No es momento de hacer esfuerzos innecesarios. Toma aire y trata de relajarse.

“Pobres capullos”, se dice, retomando sus recuerdos. Eran dos chicos jóvenes, que gritaban de pura histeria al verse atacados por una muchedumbre ansiosa de algo: lo que fuera

que les librase de su sufrimiento. Los muchachos habían entrado en pánico, incluso albergaron un sorbo de esperanza al ver que Álex llegaba metralleta en mano, disparando y golpeándoles.

“Acaso pensaron que les iba a ayudar.”

Pero ésa no es la respuesta que se puede esperar de alguien como Álex. De uno de su clase.

“Son el enemigo.”

Les golpeó a ellos también cuando los tuvo cerca. Les robó una bolsa de deporte que llevaban en el maletero y salió corriendo para no volver.

Los vaqueros se encontraban allí dentro junto a otras prendas más. No recuerda si las repartió o si las cambió por algo de tabaco o hachís. Tanto una respuesta como otra serían igualmente válidas. Lo que es seguro es que no se encontraban allí dentro las botas militares que ahora mismo arrastra por el suelo de la celda. Las botas son sin duda la prenda de mayor calidad que Álex viste, y aparte de su Kalashnikov, lo más valioso que posee.

—Luego tienen el valor de ir tachando de ladrón a cualquiera que ven por la calle—, farfulla.

Las tiene desde los convulsos días de la Guerra, cinco años atrás, pero el chico no hubiera recordado la fecha con exactitud. De hecho tampoco le importa demasiado el paso del tiempo, ni el tiempo en sí, ni nada que le distraiga de la lucha diaria: la única vida que conoce. Ni siquiera le importan los recuerdos aunque le sirvan para evadirse en momentos de soledad como éste. La Guerra sólo es un mal recuerdo más, otra pesadilla que no le da de comer y de la que trata continuamente de zafarse sin éxito.

“La Guerra nos pilló a todos desprevenidos”, recuerda haber escuchado repetidas veces a varios combatientes veteranos. Y era verdad. Él tenía tan sólo dieciséis años cuando comenzó. Era aún muy niño, pero la cruda vida de las calles de la capital tras el colapso le había preparado para sobrevivir a lo que fuera. Armado tan sólo con un cuchillo de cocina y un par de destornilladores oxidados, resistió los tres primeros meses del año y medio que duró el asedio y la postrera ocupación de la ciudad. Pero no eran ésas sus únicas armas: contaba con una agilidad pasmosa, tanto de cuerpo como de mente, así como con un aguante al dolor casi sobrehumano. Todo unido daba como resultado un auténtico animal de los nuevos suburbios, adaptado al cruel medio que se había creado a su alrededor en unos pocos años. Él puede presumir de haber visto cómo salía el Sol el día después de la victoria sobre el ejército invasor.

Antes de conseguir eso fue reclutado junto a otros chicos de su edad por las fuerzas de resistencia que se organizaron en la ciudad. Era una milicia improvisada, ruin, formada a partir de los restos del ejército, la policía, lo poco que había de Gobierno en activo, y sobre todo las varias decenas de miles de *plometas*. Éstos eran la verdadera esencia del ejército de resistencia. *Plometas*: protagonistas de los nuevos tiempos, criaturas de los barrios bajos destinadas a triunfar sobre las demás, agentes del caos más puro, los auténticos herederos del sistema que cayó. Lo que les diferenciaba de los demás era el arma de fuego que les acompañaba en todo momento, y de la que hacían uso cuando lo creían necesario. Es decir, siempre. De muros hacia dentro, también eran conocidos como terroristas y eran especialmente temidos por los habitantes de la ciudad oficial. Los *plometas* aplicaban su propia ley sobre los demás, arrinconando a aquéllos que se les oponían, y enfrentándose entre ellos mismos por el exiguo control de unas calles baldías.

Cuando los invasores atacaron por primera vez, la Rebelión estaba en período de gestación y a punto de estallar, si acaso aún no había llegado a hacerlo de forma aislada. Pero el destino de los madrileños iba a ser diferente; por unos meses al menos. Ajeno a todo lo que ocurriera a unos cuantos metros de su entorno inmediato, Álex recibió la tarea de valija, que no era otra cosa más que ejercer de correo.

Los días fueron pasando y la batalla se fue recrudeciendo. Y él seguía vivo. Los mandos del ejército no sabían qué tenía de especial ese imberbe delgaducho para siempre volver de una pieza. Pero quienes lo conocían sí que sabían quién era el Mono: aquél que siempre encontraba el atajo por donde huir, el que llegaba a todas las ventanas o huecos, el que trepaba cualquier superficie, el que salía sin dejar rastro. Su habilidad para sortear a la muerte comenzó a ser rápidamente conocida entre una gente desheredada de leyendas, y necesitada de héroes. Poco a poco dejó de llevar y traer mensajes, para empezar a espiar los movimientos de la vanguardia enemiga. Fue así cómo se ganó sus botas de combate. Porque el Ejército Nacional Unificado de Resistencia –como los generales lo bautizaron– no tenía medallas que poner. Así que condecoraba entregando equipamiento, o comida, o armas, o una variopinta mezcla de todo ello.

Álex decidió por el momento guardar las botas en un escondrijo que sólo él conocía, ya que le quedaban algo grandes, y más que ayudarle, le entorpecían en sus ‘trabajos’, donde necesitaba agilidad. En cambio, siguió utilizando unas zapatillas deportivas de suela fina que se agarraban mejor a las paredes y que había sacado de un almacén desierto semanas atrás.

Lo que sí que utilizó desde el primer momento en que se la dieron fue la Beretta M92FS de CO2 negra. Estaba viejísima y se encasquillaba con demasiada frecuencia, pero era una verdadera arma de fuego, y eso tenía un significado muy importante en el mundillo en el que vivía. Significaba que ya no era un vulgar *chapa*, que sólo tiene cualquier cosa punzante para defenderse. Significaba que ya era un *plometa* a todos los efectos. Y eso significaba que ya poseía el poder de decidir si sus enemigos morían o no. Era el paso definitivo a la mayoría de edad.

Su amada metralleta, sin embargo, se la ganó de otro modo.

Jamás olvidará el calor sofocante que hacía aquella tarde. Debía de ser julio o agosto, no lo recuerda muy bien. Los invasores llevaban seis meses ocupando casi todos los distritos de la ciudad, aunque sólo en su superficie, pues las estaciones de metro estaban casi en su totalidad bajo el poder de las milicias resistentes. Las balas y demás proyectiles eran las únicas cosas que no escaseaban, así como la mezquindad de los combatientes. Por aquel entonces, Álex ya presumía ante los compañeros de su edad de haber herido a más de una docena de enemigos con su pistola.

–A más de uno me lo he cargado, fijo–, decía mientras la enseñaba.

Había pasado el mediodía, y en la calle se respiraba la calma tensa de una tregua no pactada más que por el impenitente sol. La última orden que recordaba haber recibido de sus superiores había sido hacía un par de días; es más, ése era el mismo tiempo que llevaba sin saber nada de ellos. Estaba oculto en un vagón de metro abandonado en medio del túnel entre las estaciones de Cuatro Caminos y Guzmán el Bueno. No tenía qué comer y el agua estaba casi agotada, por lo que decidió salir a la superficie por su cuenta a ver si encontraba algo de alimento. Y si de camino podía hacer algo de daño al enemigo, mejor.

Sabía que los oficiales que custodiaban aquel cuartel improvisado no aprobarían que saliera al exterior por las buenas, así que burló la vigilancia como sólo él sabía hacerlo. No le costó demasiado. Una vez fuera, poco le importó que los camaradas que vigilaban desde las ventanas de los edificios cercanos le indicasen que diera media vuelta. Álex no digería demasiado bien eso de que le dijeran qué podía o no podía hacer. Pronto encontró a un reducido grupo de chicos de su edad que, desafiando al sol, seguían sirviendo de correo. Eran la definición de “carne de cañón”, como ya lo había sido él en un principio. Le dieron el succulento chivatizo de que los milicianos invasores estaban tratando con avituallamiento no muy lejos de allí.

–Están metiendo bidones y cajas en un almacén a media sombra, calle abajo–, le dijeron. La media significaba el número de calles: seis. Y la sombra indicaba la acera donde se encontraba el objetivo.

“Cerca”, pensó.

Nadie más en las inmediaciones lo debía de saber aún, pero era algo que de seguro cambiaría. No dudó que él debía ser el primero en acercarse. Cuando la ciudad es un campo de batalla, si te dicen que algo se encuentra cerca quiere decir que con suerte podrás llegar en un poco menos de una hora, si es que llegas. Las avenidas se habían convertido en auténticas pistas de obstáculos, con barricadas levantadas y echadas abajo un millar de veces, y un sinfín de socavones provocados por los intensos bombardeos de meses atrás. Y lo peor de todo era que nunca faltaba algún fusil que desde alguna ventana estuviera dispuesto a acabar con la vida de cualquiera. No era un parque temático.

Cuando llegó a su destino tomó posiciones para trazar el plan a seguir. Vio que el edificio donde se encontraba el almacén en cuestión formaba una esquina que lo convertía en presa fácil. “Se nota que ha sido elegido por los milicianos, esos sucios patanes”, se dijo.

Sin embargo, estaba defendido por bastantes hombres. Había muchos de ellos en la misma acera, rifles y fusiles en mano, vigilando hacia todas partes mientras otros cargaban y descargaban grandes cajas y bidones cada vez que llegaba un nuevo camión. Álex permaneció inmóvil desde su posición segura, examinando con detenimiento la situación. Había al menos cinco milicianos apostados en las plantas superiores del edificio y otros tantos en las de enfrente. Casi todos estaban asomados torpemente a las ventanas, con sus ridículas vestimentas de camuflaje verde y marrón que de nada les servían en la jungla gris y negruzca de las calles de Madrid.

“Parecen estar pidiendo a gritos que les metan una bala entre ceja y ceja, los muy torpes.”

Sin pensarlo más se puso en marcha. Llegó a la conclusión de que tratar de introducirse ahí para ver qué era lo que estaban guardando sería una acción suicida además de poco útil. Por el contrario, hacer lo mismo en uno de los edificios de enfrente, además de ser algo un poco menos suicida, sería muy divertido. Se decantó por eso último. No habían colocado a nadie más que vigilase las entradas de los otros edificios, por lo que entrar era simple. Estimó que tal vez serían unos veinte o veinticinco milicianos en total, nunca más de treinta; y que viendo su mala disposición, no estaban comandados por ningún militar especializado.

“O al menos competente.”

El Brigada Núñez, uno de sus superiores, le había enseñado a detenerse y observar con calma al enemigo, estudiándolo para realizar esos cálculos.

“A acecharlo como un lince a una perdiz”, solía decir Núñez cuando lo explicaba con cierta emoción.

El chico no sabía qué le resultaba más extraño, si la perdiz o el lince. No tenía recuerdos de haber visto ni a lo uno ni a lo otro. Sólo repetía lo mismo que hacía cada vez que algún mayor le hablaba y no comprendía. Se limitaba a asentir.

De cualquier modo, esos cálculos, pese a que no ofrecían demasiada fiabilidad, milagrosamente casi siempre daban buen resultado. A la parte más kamikaze de Álex le encantaba ese peligro incontrolable y arriesgado que entrañaba fiarse de una estimación así.

Dio un rodeo a la manzana para escapar del control visual del enemigo y se deslizó sigiloso en el portal. Era un bloque de viviendas como tantos otros que atiborraban las calles. Pensaba que antes de que las explosiones y los tiroteos les dieran cierta personalidad a sus fachadas, todas las fincas debían de ser idénticas, hechas en serie como por una máquina colosal.

Todos los edificios, sin excepción, habían sido desalojados desde el inicio de la invasión, y no se libraba prácticamente ninguno de haber sufrido al menos un saqueo. No solía haber barandillas, los escalones estaban casi siempre partidos, y de las lámparas no solía quedar más que un par de cables pelados sobresaliendo de los muros. En su mayoría, las puertas habían desaparecido junto con sus dueños, o acaso estaban tiradas por los suelos, enteras o por partes, junto a incontables trocitos de cristal que podían proceder de cualquier sitio. Un hedor mezcla de humedad, cañerías atascadas, y orines de distintas procedencias subía insistente de los primeros pisos o de los sótanos.

Desde fuera, Álex había visto apostados a dos milicianos en la tercera planta, a uno en la quinta y a otro en la séptima, pero estaba convencido de que allí dentro había al menos uno o dos más de los que todavía no tenía noticias. Comenzó a subir las escaleras cauteloso y con mucho cuidado. No sabía exactamente hasta qué planta debía llegar. Tenía claro que estaba en clara desventaja en la tercera planta, pero que podría dar marcha atrás sin demasiados problemas; y que si desde la séptima sería complicado huir, desde la quinta sería imposible por estar rodeado. Pasó tan rápido como pudo de la planta tercera a la cuarta. Con el corazón acelerado todavía, se detuvo a estudiar un plano de evacuación de incendios que había semidestrozado en el descansillo junto a dos pestilentes bolsas de plástico de las que era mejor no saber qué contenían. No pudo hacerlo tanto rato como le hubiera gustado porque escuchó

un crujido que provenía de más arriba. Se escondió dentro del primer apartamento que encontró, cerrando inquieto los dedos alrededor de la empuñadura de la pistola. Los crujidos se fueron repitiendo desacompadadamente; estaban cada vez más cerca, pero pasaron de largo y terminaron perdiéndose escaleras abajo. Era la señal que indicaba que había quedado rodeado, haciéndole cosquillas a la lengua de la boca del lobo. Ya no le parecía tan buena idea haber entrado allí, y no era la primera vez que le ocurría.

Salió de su escondrijo cuando comprobó que no se escuchaba nada más y volvió a subir escalones casi en cuclillas. Ascendió uno tras otro los pisos hasta llegar al octavo. Comprobó que tenía franca la huida por la azotea y una bastante peor por el patio. Mirase donde mirase, todo le recomendaba que tomara una de las dos opciones y se marchara, pero cuando se quiso dar cuenta, ya había bajado a la séptima planta y se estaba deslizando por su largo pasillo. Su enorme yo aventurero había vuelto a devorar a su famélico yo precavido.

“Cuando la perdiz elige al lince que se quiere comer, ya no hay vuelta atrás”, se dijo. “¿O era al revés?”

Dudó por unos momentos cuál sería el piso que contendría el premio. Comprobó sorprendido que allí arriba quedaban muchas puertas intactas o casi, muy cercanas unas de otras. De repente, un susurro casi inaudible llegó a sus oídos: un suspiro. Había oído un suspiro tras una de las puertas. Pegó la oreja a la superficie de madera para cerciorarse. No escuchó nada nuevo, pero se fiaba de lo que había escuchado en un principio.

“El pobre soldadito está aburrido de tanto esperar y que no pase nada, y claro, suspira.”

Con la intención de hacerle compañía, Álex se vio tentado de tomar aquel pomo y entrar de golpe, pero se decantó por buscar otras vías por las que penetrar sin ser visto. Inspeccionar los pisos contiguos fue su siguiente objetivo. El de su derecha estaba cerrado a cal y canto, pero el de su izquierda no tenía nada que impidiera acceder a su interior. Lo hizo con muchísima cautela. Nada más entrar había un saloncito muy coqueto y simple, con un sofá no demasiado grande que ocupaba todo el ancho de la pared mayor. Sobre él, una mujer semidesnuda desparramaba su piel, su cabello y su sangre a partes iguales. Tenía varios disparos en la espalda. Álex tragó saliva casi instintivamente, como cada vez que veía a un muerto, y se detuvo el tiempo suficiente para constatar que esa mujer llevaba muerta muy poco.

“Tal vez esta mañana estaba viva.”

Un poco más adelante, en el mínimo distribuidor que unía salón, baño, y la única habitación, había un hombre tirado e igual de inmóvil. Tres agujeros en su torso descubierto

daban explicación a su muerte. Aunque estaban un poco fríos, sus miembros no estaban todavía rígidos, por lo que éste tampoco debía de llevar demasiado tiempo en el otro mundo. Álex volvió a tragar saliva y se aborreció a sí mismo por unos instantes al darse cuenta de que no era muy agradable saber tanto de muertos sin estar relacionado para nada con el mundo de la medicina. Eran mendigos, *chapas* que se ocultaban allí pese a la Guerra hasta que tuvieron la desgracia de toparse con el enemigo. Eran el tipo de personas por las que Álex no suele mostrar más que desprecio, pero sin saber cómo ni por qué, esta vez sintió lástima. El odio al enemigo conseguía logros insospechados. Sus movimientos se volvieron aún más escrupulosos, sabiendo que él podía ser el siguiente en la lista de difuntos de la comunidad de vecinos. Avanzó con cautela por el piso, descubriendo que en el tabique del cuarto de baño había un boquete de tamaño considerable. Éste conectaba con otra estancia desconocida y completamente a oscuras.

“¡Ajá! Esa habitación pertenece al vecino de al lado.”

Avanzó hacia el boquete y, con un respeto sepulcral, se asomó. No veía nada más allá, pero al menos comprobó que en ese momento no había nadie atento al boquete: las sombras que él mismo provocaba le hubieran delatado. Lo atravesó presto, y se quedó en cuclillas junto a él, apuntando con su pistola al frente sin tener muy claro a dónde. Cuando sus ojos marrones se acostumbraron a la penumbra de aquel cuarto, descubrió que era otro baño con las mismas ridículas proporciones que aquél del que procedía. La puerta enfrente de él estaba cerrada. No sabía qué pasaba detrás de ella, pero se imaginaba que el piso contiguo sería el inverso y que habría otro salón. “Y ocupado por alguien vivo y con muy malas pulgas”, pensó.

Necesitó unos minutos para templar sus nervios y que sus dedos respondieran con la precisión que necesitaba. Abrió poco a poco, milímetro a milímetro, aquella puerta hasta que quedó una pequeña rendija que dejaba pasar una finísima línea vertical y resplandeciente. Por unos instantes fue cegadora. Apenas veía nada a través de ella, pero de súbito se encontró con que una sombra eclipsó la luz por una centésima. Pasó de largo. Era su presa, que se paseaba por aquel apartamento ignorante de que había allí un nuevo inquilino apodado el Mono. Sus pasos se detuvieron, posiblemente frente a la siguiente pared a la derecha, fuera de la vista de Álex. Después de correr despreocupado una cremallera, comenzó a verter un líquido allí mismo. El chico agradeció que su enemigo prefiriese las paredes del salón antes que acudir al baño.

“¿Te estás meando? Pues ahora también te vas a cagar.”

Abrió la puerta cuidadoso, lo que no evitó que ésta emitiera un molesto crujido; lo suficiente como para alertar a su enemigo. Lo encontró en tan delicada posición, con un fusil de

asalto colgando de su espalda como si fuera una inofensiva guitarra. Éste volvió la cabeza al instante, sorprendido por el cañón de la pistola que Álex sujetaba con ambas manos y que le apuntaba directo a la cara. El silencio se hizo material, palpable. No cruzaron palabra alguna, pero la mirada felina y decidida del chico bastó para que por unos instantes no pasara nada.

“No”, le decía Álex con un leve gesto de la cabeza. El miliciano se volvió despacio. Estaba también nervioso aunque tratase de ocultarlo.

“Yo seré un niño para ti, pero aquí el que tiene algo letal entre las manos soy yo.”

Los siguientes segundos discurrieron largos, tensos, y confusos. Ni uno ni otro sabían qué hacer. Álex reaccionó. Echó un rápido vistazo hacia los rincones del salón que no había tenido tiempo de inspeccionar. Todo estaba normal salvo un importante detalle; había un segundo fusil apoyado contra la cristalera que daba a la calle. Esto perturbó sobremanera a Álex, que por un momento no sabía qué hacer.

“¿Significa eso que aquí hay otro tío más y que no sé dónde está? ¿O es que a este tarado le gusta disparar a dos manos?”

El momentáneo prisionero se percató de las tribulaciones que azotaban la cabeza del chico y, envalentonado por la corta edad que se le intuía, se fue soltando el pene y poco a poco fue alzando las manos muy despacio.

–¡Quieto, gilipollas! No tienes ya un agujero en la puta frente porque no quiero llamar la atención –susurró Álex apretando los dientes, tan amenazante como pudo.

Pero el miliciano no le hizo demasiado caso y, tras detenerse por un instante, prosiguió moviendo las manos.

–¡Quieto te digo, hostias! –eso ya no fue un susurro.

Posiblemente aquel combatiente ni siquiera entendiera una sola palabra de su idioma. Había seguido alzando las manos y ya apretaba la correa que sujetaba su fusil a la altura del pecho. Álex retrocedió a grandes zancadas sin perderlo de vista más que para pestañear. Se dirigía hacia el rifle de asalto que parecía esperar que alguien lo empuñase. En un abrir y cerrar de ojos, aprovechando la indecisión del joven, el miliciano dio un brinco y se coló ágilmente por el hueco de entrada a la cocina.

“¡Joder!”

Álex se había metido en un aprieto: estaba en clara desventaja y sin un lugar donde esconderse de los disparos que sin duda estaba a punto de atraer sobre sí. La situación requería

una maniobra rauda. Álex tomó el fusil y rompió con su culata de un golpe la cristalera, que cayó al suelo estruendosamente. Descorrió la cortina de un manotazo y saltó dentro de la terraza que había al otro lado. Fue entonces cuando descubrió que era allí donde estaba el dueño de la ametralladora que acababa de tomar: un miliciano enorme con la piel tan oscura como un tronco quemado y la cara devastada por un mal cicatrizado acné. Lanzó inquieto el cigarrillo que aún sostenía entre los dedos y se abalanzó sobre él. Álex no pudo esquivarlo de ningún modo, y en menos de lo que le hubiera gustado ya le había arrebatado el fusil y de un violentísimo empujón lo había mandado al suelo. El Mono consiguió acomodar el cuerpo para aterrizar sin hacerse demasiado daño. Empuñó su pistola y, sin vacilar ni apuntar, disparó repetidas veces contra el bulto antes de recibir respuesta. Las descargas sonaron como cañonazos a ambos lados de la calle. El factor sorpresa se acababa de despeñar piso abajo.

Sólo con el primer impacto hubiera bastado para terminar con la vida de aquel hombre, ya que aquella bala se le coló entre las cejas, pero recibió al menos dos más. Su pesado cuerpo se convirtió en un fardo inerte que cayó sobre Álex y que le aprisionó la pierna izquierda con algo más de cien kilos. Al menos le sirvió de caparazón para cubrirse de los proyectiles que empezaron a llover desde dentro del salón. Álex se acurrucó detrás de aquel cuerpo inmenso, reconquistando el fusil perdido. Comprobó que estaba cargado y listo para disparar mientras los tiros se estrellaban desordenadamente contra el muerto y la pared de la terraza hasta que cesaron de golpear. Eso significaba que, o su rival se había dado cuenta de que no iba a conseguir nada así, o había vaciado el cargador entero. Álex apostó por lo segundo.

Asomó el fusil con una mano y devolvió una violenta ráfaga hacia el interior. No recibió respuesta. Acto seguido, se asomó él mismo con cuidado para ver que los cristales habían salido volando y que de la cortina ya sólo quedaban algunos jirones desmenuzados. Allí dentro no había nadie, pero seguro que aquel tipo debía de estar escondido recargando su arma. Sacó con mucho esfuerzo la pierna de debajo del cadáver y, bañado en una sangre que no le pertenecía, se puso en pie con el objetivo de alcanzar la terraza del piso contiguo. Saltó sin problemas el obstáculo que las dividía, pero pronto tuvo que volver a agacharse: desde la calle y las ventanas de enfrente también le estaban disparando.

“Genial, ahora tengo tras de mí a medio ejército de estos patanes rabiosos.”

Entró en el apartamento sólo para salir apresuradamente al pasillo, emprendiendo una frenética carrera hasta la escalera. Con todos sus enemigos alertados ya por su presencia, no le quedaba más remedio que ir hacia arriba. Escuchó al menos a cuatro voces distintas hablar alarmadas a sus espaldas en esa lengua incomprensible para él. Ganó un lugar estratégico junto

al hueco de la escalera y aguardó por unos segundos que se hicieron eternos. Efectuó varios disparos de aviso hacia abajo. Por primera vez ese fusil rugió furioso contra su pecho, casi descontrolado, como una bestia sedienta de sangre. Recibió como respuesta un alarido de dolor: había herido a uno de sus perseguidores. Sintió una extraña sensación de euforia crecer en su interior, pero no pudo disfrutarla tanto como le apetecía. Estaban demasiado cerca. Siguió corriendo, consciente de que no le quedaban más plantas por ascender. Llegó a la última puerta que había en la última planta. Cerrada. Se hubiera maldecido por ser tan estúpido de no haberlo comprobado antes, pero no tenía tiempo para ello. Bajó al piso inferior casi de un salto y dirigió una nueva ráfaga hacia el hueco que se estrelló íntegra contra la pared. Ahora estaba atrapado.

De entre la lógica desesperación, de alguna parte de su cabeza sacó la templanza necesaria para recordar; le sobrevino la imagen del plano de evacuación de incendios. Vio que los apartamentos del lado del corredor que no daba a la calle tenían acceso a un hueco de patio. Era su única oportunidad. Se lanzó sin esperar hacia el pasillo. Contó para sí “¡uno, dos, tres!”, y golpeó con el hombro una de las puertas a su izquierda. No había cerradura que la sujetase, por lo que perdió el equilibrio y entró en el piso rodando.

Se levantó en un suspiro y se dirigió hacia la primera ventana que encontró. Tal y como esperaba, ahí había un patio de luces cuadrangular. Si su memoria no le estaba traicionando, las ventanas de la fachada al frente eran la entrada al bloque de al lado, lo que era sinónimo de salvar el pellejo por un día más. Pero comprobó que desde el apartamento en el que se encontraba no podía llegar de ningún modo al otro lado, y saltar hacia delante era demasiado temerario incluso para él; no lo alcanzaría ni aunque de súbito le brotaran dos alas de la espalda. Tenía que meterse en otro piso, uno desde el que pudiera pasar al bloque contiguo de ventana a ventana sin correr riesgos. Antes de ponerse en marcha con su objetivo ya definido, le alarmaron los gritos provenientes de su izquierda. Desde un descansillo, dos de sus perseguidores le señalaban y apuntaban coléricos a través del patio.

“¡Mierda!”

Echó a correr antes de que los balazos tuvieran la oportunidad de alcanzarle. Atravesó como un relámpago el apartamento y salió al pasillo de un salto tan grande que sólo la pared con la que se topó pudo detenerle. Empuñaba el rifle hacia la escalera con la intención de hacer daño. Apretó el gatillo sin pensárselo con tan sólo ver una sombra, o lo que le pareció que era una sombra. Un miliciano sorprendido recibió los impactos de la furiosa ráfaga sin poder esquivarla; cayó abatido de espaldas, desparramándose por los escalones. De seguido, Álex giró en redondo y corrió tanto como no recordaba haberlo hecho jamás, ganando el recodo que

quedaba más lejos de lo que hubiera deseado. Finalmente lo logró de un espectacular salto, cuando las primeras balas enemigas silbaban muy cerca, incrustándose por todas partes menos en él.

Se puso en pie, y no contento con comprobar que no tenía daños que lamentar, asomó el fusil por la esquina y disparó sin apuntar contra sus perseguidores, con la certeza de saber que a alguien le daría. Pero pronto se arrepintió de hacer esto, pues tras dos o tres primeras balas ya no salió nada más de su cañón. Había vaciado el único cargador del que disponía. Se dio la vuelta sabiendo que sus enemigos también conocían esta noticia; ya no podía hacer más que poner pies en polvorosa. El pasillo era ahí más corto y estrecho hasta llegar al final. Alcanzó rápidamente la última puerta que, ¡estaba cerrada! Le dio dos patadas que resultaron infructuosas a la vez que dolorosas. Debía de ser la única cerradura operativa de todo el edificio.

–¡Cagüendiós!–, exclamó agónico.

De un manotazo hizo correr la ya inservible metralleta por la cinta que lo unía al cuerpo hasta que se detuvo a sus espaldas. Sacó de nuevo la pistola, y de un par de disparos reventó la cerradura. Se introdujo en la vivienda, obcecado con llegar a la ventana. No se molestó ni en asomarse primero; apoyó el pie en el alfeizar y sacó medio cuerpo fuera. Sólo entonces fue consciente de la altura a la que había ascendido, pero eso ya le daba lo mismo. Tomó impulso y, sujetándose precario al marco, alcanzó su objetivo con la punta de los dedos. Luego, con la gravedad tirando de él hacia el fondo del patio, logró pasar un pie y luego el otro, atravesando el vano hacia el ansiado piso contiguo, donde volvió a caer sin cuidado. No se molestó en preguntarse si sus perseguidores habían pasado también de una ventana a otra, o si por el contrario salían a la calle para darle caza. Bajó los tramos de escalera como peñasco que rueda ladera abajo, confiando de nuevo en la ligereza de sus piernas para huir sin dejar rastro. Lo que sí dejó fue una pareja de muertos, al menos otros dos heridos, y la sensación en los invasores de no saber muy bien qué había ocurrido en aquellos escasos minutos.